

## RECENSIONES

HERMAN KAHN: *La escalada*. Barcelona, Dima Ediciones, S. A., 1967, 358 págs.

Como ha afirmado Bernard Brodie, «los viejos conceptos de la estrategia —incluidos los de Dohuet y los de la segunda guerra mundial— han llegado a un callejón sin salida». La razón: la aparición de las armas de destrucción en masa.

Ahora bien, según se ha dicho, por terribles que sean las armas nucleares, ellas existen y, por tanto, pueden ser utilizadas. En todo caso, se amenaza con su uso y tal amenaza es ya una especie de uso.

Pues bien, hoy día existen hombres que se hallan buscando nuevas ideas y nuevos procedimientos para hacer frente a esa situación.

Uno de tales hombres es Herman Kahn. Conocida es su personalidad: matemático, físico, estratega, periodista, director del *Hudson Institute* de investigaciones. Parejamente, ha sido consejero de la Comisaría de Energía Atómica de los Estados Unidos y del secretario de Defensa de los Estados Unidos, y es autor de obras como «Thinking about the Unthinkable» y «On Thermonuclear War» (la cual atraía la atención de los responsables de la defensa estadounidense). En suma, y con unas palabras del general francés Paul Stehlin, la tarea a que se ha consagrado H. Kahn ha consistido en «analizar las relaciones entre las armas y la estrategia, estudiar la evolución de ésta en función... del aumento de la potencia de aquéllas, poner en evidencia la transformación producida en la elección de acciones de defensa por los progresos acelerados de la técnica». De ahí que Mr. Kahn haya sido llamado el «Clausewitz de la era termonuclear», que haya sido calificado de «reformista», etc.

Pues bien, una patente muestra de esa orientación es el libro que reseñamos ahora. Su objeto es «la sistemática discusión de la teoría de la *escalada*», con un fundamental designio: «mejorar la habilidad para controlar la violencia».

Y surge una cuestión previa: ¿cuáles son las características de la *escalada*? Con el estudio de tal asunto se inicia la obra. Por lo pronto, tenemos que se trata de una palabra relativamente nueva en el idioma inglés». Ahora bien, en el presente, sabido es que *escalada* resulta un término familiar, describiendo «un incremento del nivel de conflicto en situaciones de crisis internacional» (vid. pág. 17). Pues bien, la introducción del libro comentado se ocupa del escenario de una «crisis corriente», de una crisis *standard*, que ha servido de base para ciertos trabajos del citado *Hudson Institute*. Acción que se sitúa en Alemania, en razón de que la división de este país constituye la fuente más plausible de una crisis europea (consultar pág. 49 y ss.).

Seguidamente, el autor dirige su interés a los grados de la escalada. En tal dirección, Kahn presenta los *distintos peldaños de la escalera de la esca-*

*lada*, distinguiendo cuarenta y cuatro escalones, que son agrupados en una serie de unidades. Estos grupos se hallan separados por «rellanos» o «estallidos» en los que tienen lugar importantes cambios en el carácter de la escalada.

Y Kahn lleva su análisis hasta pasar en revista detallada cada uno de los cuarenta y cuatro escalones.

Por supuesto, el *umbral* de guerra más importante—y, ciertamente, el más discutido—es el del empleo del arma nuclear. El autor le dedica, lógicamente, una buena atención. Y es de indicar cómo aquí Mr. Kahn no comparte la opinión de quienes—como un general Gallois o un Edward Teller—sostienen que la proliferación nuclear pueda crear las condiciones conducentes a la consolidación de la estabilidad mundial. Piénsese cómo, en este campo, se habla incluso de una *democracia de la potencia nuclear* (así, por Léo Hamon, en 1966). Pero, en el sentir de Herman Kahn, el argumento de Gallois, aunque sea plausible, no resulta convincente y es demasiado arriesgado para ponerlo a prueba. El pensamiento clave de Kahn a este respecto es que la proliferación de las armas nucleares puede ofrecer oportunidades sin igual a los *Hitlers nucleares* (vid. página 130). Y estima que es preciso oponerse a la difusión nuclear. Posición que no es única. Desde luego. Un realista tan conocido como H. J. Morgenthau sostenía en 1964, en la *American Political Science Review*, que la proliferación de las armas atómicas conduciría a una *anarquía política de proporciones inimaginables*, seguida de una destrucción nuclear total (y afirmando, paralelamente, la imposibilidad de limitar una guerra nuclear por artificios como la «pausa» o el sistema «contrafuerzas»). Con todo, reconociendo Kahn el interés que los Gobiernos de los U. S. A. y de la U. R. S. S. han puesto en la política de no proliferación de las armas nucleares, consigna cómo ninguno de los dos puede vanagloriarse de haber concedido al tema «toda la atención que merece».

Sigue un largo enjuiciamiento del umbral nuclear y de las circunstancias en que se puede caer en la tentación de franquearlo (con facetas que van desde la *guerra nuclear local* hasta la *guerra insensata*, pasando por matices como *ataques ejemplares contra objetivos militares* o *ataque devastador contra la población civil*, etc.).

Ahora bien, la guerra nuclear aparece como una académica prueba de esgrima, con ciertos golpes permitidos y otros no. Con la particularidad de que sobre ella gravita, incesantemente, la pregunta siguiente: ¿no violará el lado *perdedor* las reglas, las distinciones y los límites «establecidos», con el fin de obtener una ventaja? Llegados a este extremo, en ningún momento debe olvidarse—a nuestro entender—que una de las grandes limitaciones del dogma de la disuasión—invento de estrategias como el mentado general Gallois—es el de no tener valor práctico más que si los implicados en el juego quieren observar una misma casuística (cons. P. Genevey, *Politique Etrangère*, París, 1967, 3, pág. 329). Tremenda cuestión, que ya nos ha preocupado en otras ocasiones... En todo caso, a este respecto, no estará de más subrayar cómo, a juicio de Kahn, los dos principales actores de la escena internacional han observado, desde 1945, ciertas «convenciones» o «reglas» que sirven sus intereses y su seguridad, que limitan el conflicto, etc. (vid. pág. 312).

Por lo demás, importa destacar que el volumen reseñado consagra un capítulo a la *desescalada y sus consecuencias*. En este terreno, Kahn recoge el perfil de la *desescalada de la guerra fría*, con sus efectos debilitadores sobre el Pacto de Varsovia y sobre la O. T. A. N. Y con una advertencia clave: según la obra comentada, ninguna Alianza puede sobrevivir durante mucho tiempo en el caso de proseguir la *desescalada* (cons. pág. 286). Idea sobre la que insistirá en otro lugar del libro reseñado, con estos conceptos: al no responder ya a las necesidades e intereses de la estructura internacional presente, las Alianzas de la década de los cincuenta «probablemente se desvanecerán» (consultar pág. 314).

En conclusión, conviene hacer ver cómo Herman Kahn habla de una *nueva*

*estructura internacional* (pág. 314). Pues bien, en esa perspectiva, ha de subrarse que, ante las mutaciones previsibles, sería importante crear una política europea de defensa acorde con tales cambios y con un sistema razonable de control de armamentos. Y, así, se propone una Comunidad Europea de Defensa Estratégica, basada en una doctrina llamada de «represalia nuclear proporcionada» (vid. págs. 317-319).

Al mismo tiempo, desde nuestra perspectiva internacionalista, hemos de registrar con simpatía cómo este escritor prevé hasta el año 2000 la aparición de «algunos grandes cambios» en el Orden internacional. Y una posibilidad a resaltar es la singularidad de que, aun cuando las relaciones internacionales sigan basándose en la soberanía nacional, se asistirá a fuertes restricciones en el uso de la violencia, desvaneciéndose esencialmente el sistema de guerra total (págs. 320-325). Y, en esa línea del reconocimiento de cambios básicos en el sistema internacional, se ofrece un amplio repertorio de posibilidades: bloques *estables* regionales, Comité internacional de vigilancia con un sistema de sanciones, Concierto de Potencias, Gobierno mundial, Imperios mundiales, etc. (págs. 322-324).

Y, en tal contexto, merece registrarse la confesión del autor de las limitaciones del poder de los Estados Unidos. Admitiendo que los Estados Unidos se hallan en condiciones de influir sobre los acontecimientos hacia un orden internacional, admite que ellos no pueden determinarlo por sí solos...

En fin, libro meditado: resultado de una serie de conferencias pronunciadas ante grupos—militares o civiles—de expertos y de una serie de informes. En él se citarán nombres de especialistas como Thomas C. Schelling, Morton H. Halperin, Hans Speier o Raymond Aron. Pero también otros nombres como el de Lenin, Trotsky o el del general De Gaulle. Y otras citas. En esta esfera, una indicación sobre el método utilizado en la presentación de referencias bibliográficas. En tal empresa, se ha llevado la labor hasta el extremo de traducir los títulos de las revistas. Por ejemplo, *Supervivencia* por *Survival*, *Asuntos Extranjeros* por *Foreign Affairs*, etc. En estas materias, lo más correcto es citar el título de la publicación en su idioma original—única forma de evitar confusiones—, como se hace, por ejemplo, con el *New York Times*. También hay otros detalles a rectificar, como la traducción de *Law* por *Ley* al hablar de Derecho Internacional (Sociedad Americana de *Ley* Internacional, etc.).

Por lo demás, a través de esta obra, el lector ve cómo la guerra nuclear no constituye una idea abstracta, nebulosa, increíble, sino algo *real* (ahí está el hecho de que sea objeto de estudio por parte de los militares, etc.). En todo caso, este libro permite familiarizarse con las múltiples facetas de la estrategia nuclear (sus etapas, sus reglas, etc.). Y, en tal dirección, el volumen recensionado se enfrenta *serenamente* con el terror nuclear, aportando el saludable —¿demasiado optimista?—mensaje de la imposibilidad de que la aniquilación termonuclear aparezca de pronto, impensadamente, sin previo aviso, y de la posibilidad de los Gobiernos de elegir entre encaramarse por la escalada—evitando el conflicto—o descender al infierno.

Y tono de serenidad tanto más resaltable cuanto que nos encontramos ante materias nada fáciles de configurar. El mismo Kahn reconoce cómo en estos asuntos hay cosas *muy difíciles de analizar* (vid. pág. 253). Y máxime cuando, como nos indica el autor, asistimos a la oposición de muchos y diversos puntos—moralistas, militaristas extremados, partidarios del control de los armamentos—, al estudio de las limitaciones de una gran guerra—la llamada «guerra central»—.

Por todo ello, ha de agradecerse a la casa editora la publicación de la obra de Kahn en castellano. Que el lector acierte a meditar—labor desconocida, o extenuadora, para el hombre masa de nuestro tiempo—sobre los temas expuestos en ella y sus derivaciones para el género humano.

## RECENSIONES

Ahora bien, en esta tesitura, y por nuestra cuenta, hemos de aconsejar la valoración—y bien fríamente—de la trascendencia del *complejo de Damocles* o *complejo del miedo*—de que ha hablado G. Bouthoul y que ya denunció G. Ferrero—: las espantosas crueldades que puede engendrar el imperio del miedo. Ominosa realidad con la cual ha de contarse para no hacerse excesivas ilusiones sobre los futuros rumbos del mundo...

LEANDRO RUBIO GARCIA

JEAN PIERRE ALEM: *Juifs et Arabes. (Singularité du conflict israélo-arabe.)* Editions Bernard Grasset, París VI, 1968. 383 págs.

Es, desde luego, un hecho evidente el de que la mayor parte de los problemas del Cercano Oriente, y muchos de los del Mediterráneo en general, aparecen centrados sobre los pleitos árabes y judíos en torno al Estado de Israel. Pero también es cierto que no pueden comprenderse los motivos ni los pretextos, las tendencias ni las consecuencias, si no se tiene en cuenta que se trata de unos pleitos cuyos antecedentes remontan a muchos siglos, y que no consideran el pasado sino como antecedente del presente. Por eso hay que abordar el exacto conocimiento objetivo de los actuales conflictos palestineses por los dos caminos juntos de la observación sobre el terreno y de la erudición histórica. Ambas ventajas se encuentran en el libro «*Juifs et arabes*», de Jean Pierre Alem; libro que lleva el subtítulo de «*3.000 ans d'histoire*», pero no como repertorio de hechos terminados, sino en calidad de fusión de los viejos orígenes de las cosas con las teorías actuales sobre las mismas.

Habiendo sido a la vez politécnico, oficial y funcionario, Jean Pierre Alem ha pasado muchos años recorriendo y estudiando el Próximo Oriente, bajo todos los aspectos teóricos y prácticos. Sobre todo ha sido uno de los rarísimos observadores que ha podido repartir sus residencias entre los países árabes e Israel. La intención de su obra es definida diciendo que pretende ser una historia sin previas posiciones pasionales. Un libro que disipe los innumerables mitos que oscurecen la realidad palestinesa. Jean Pierre Alem trata de demostrar que existen una verdad árabe y una verdad judía, y dice que «sus evidencias opuestas impiden condenar a los unos como a los otros adversarios». Cree que si hay graves culpas, éstas se deben principalmente a las responsabilidades e interferencias de las grandes potencias, que alentando unas veces a los israelíes y otras a los árabes han agudizado el conflicto.

Desde luego, es casi imposible cualquier comprensión profunda, si al tratar de lo reciente se olvida lo histórico local de los dos pueblos que se han encontrado en Palestina. Así, cuando al tratar de la guerra de junio de 1967, se la define como «lucha de los árabes contra los judíos» o «de los judíos contra los árabes». Los mismos dirigentes israelíes y muchos de los Estados árabes emplean esas expresiones simplistas, pero muchas veces como efectos verbales. La oposición entre ellas no puede ser racista ni tiene relación con el anti-semitismo, puesto que los árabes son semitas también. Lo más duro y difícil de los argumentos polémicos que suelen emplear los dirigentes de Tel-Aviv y varios de la Liga Árabe de El Cairo, consiste en que tienen idénticos orígenes y formaciones paralelas, aunque se empleen en sentidos contrarios. Lo que hace incompatibles a los dos bandos es que no atienden tanto a las realidades tangibles como a las reminiscencias antiguas evocadas.

Jean Pierre Alem insiste especialmente a este respecto en que el rasgo más singular del actual conflicto israelo-árabe es el de basarse en lo mítico. Así, escribe: «Tejidos por el fanatismo de los unos y la habilidad de los otros, los mitos han oscurecido de tal modo el asunto palestínés que hoy es como

## RECENSIONES

un jardín en el cual los matorrales han borrado las alineaciones y recubierto los caminos».

Para colocarse sobre la vía del descubrimiento de lo tapado por los prejuicios, o de los juicios que no quieren encontrar sino lo que previamente desean, en el libro de Alem se enumeran metódicamente hechos documentales, antes de intentar pasar a las explicaciones. Los capítulos de la obra van tratando de la definición étnico-histórica de los judíos y los árabes; los vestigios de la presencia judía en la anterior Palestina árabe; los nacimientos paralelos de los dos movimientos políticos del sionismo y el panarabismo; las promesas contradictorias de las grandes potencias (según las cuales Palestina se hizo «la tierra dos veces prometida»); las victorias diplomáticas del sionismo antes y después del Mandato británico. Luego la cuestión palestina ante la O. N. U.; el resumen de las tres breves guerras de 1948, 1956 y 1967, y las incertidumbres de la victoria. Todo ello, que es muy extenso y minucioso, sirve finalmente de preparación a una conclusión rápida que enumerando las perspectivas del porvenir las califica como «la vía estrecha». Es una frase deprimiente que se basa en la imposibilidad de prever cómo evolucionaría la situación.

No obstante, Jean Pierre Alem dice que antes de 1967 los conceptos que sobre la paz tenían israelíes y árabes eran separados y diferentes; pero que después las perspectivas de esa paz dependen a la vez y del mismo modo de la voluntad de cada uno de los adversarios. Así es posible que esta circunstancia sirva para acercar más que para alejar, pues así: *«l'un comme l'autre n'a que la moitié du chemin a parcourir»*. Israel no puede conservar todos los territorios conquistados ni tampoco puede abandonarlos, porque ninguno de ambos términos extremos proporciona una solución duradera. Entre la retención y el abandono queda un vasto campo de negociación, pero es necesario que Israel allane el camino, que proponga cláusulas honorables, evite el escollo de las humillaciones y abandone su exigencia de negociaciones bilaterales y directas.

En cuanto a la estructura interna del Estado, de Israel y sus posibilidades de arraigo, Alem plantea el dilema de saber si continuará abierta indefinidamente la puerta a la inmigración de judíos europeizados y nórdicos que sigan con su estilo de fuerza y conquista; o en vez de eso se cerrará la inmigración para que los judíos sefardíes que viven en Israel lleguen a ser mayoría por su gran fecundidad, y así Israel tome «un carácter oriental» que le permita ir conviviendo y hasta colaborando con sus vecinos árabes en una especie de federación.

Uno de los antecedentes que facilitarían y explicarían, no sólo la convivencia, sino hasta la fusión lenta, está en los capítulos del libro de Jean Pierre Alem, donde se recuerda que ser árabe, lo mismo que ser judío, representa hoy más un acto de voluntad que una herencia étnica, puesto que los judíos y los árabes primitivos han ido mezclándose con otros pueblos. O, mejor dicho, absorbiendo gentes procedentes de los pueblos entre los cuales residían o a los cuales conquistaron.

Desde luego, la exposición de Alem sobre los antecedentes de las mezclas y la admisión de prosélitos no-semítas tanto en el seno del judaísmo como del islamismo, subraya analíticamente algo que ya se conocía en términos generales desde la Edad Media. En España fue el famoso toledano Yehuda Ha Leví quien, en su libro «Juzari», relató cómo una gran parte de los supuestos judíos que ya abundaban en Rusia procedían de los tártaros del reino de los jazares, que se convirtieron religiosamente al judaísmo, incluso con toda su familia real. Alem comenta ahora las diferencias físicas existentes entre los judíos sefardíes (judeo-españoles), que son dolicocefalos mediterráneos, de nariz recta; los askenazíes de Rusia y Norte de Europa, braquicefalos, de nariz curvada, y, por último, los judíos yemenitas, que son puros árabes de origen y sólo judíos de creencias.

## RECENSIONES

También se recuerda que varios eruditos judaicos modernos (historiadores, etnógrafos, tratadistas políticos, etc.) coinciden en proclamar que el judaísmo no constituye una nación natural, puesto que tampoco forma una raza distinta. Por otra parte, un organismo tan caracterizado como el *American Council for Judaism* confirmó en 1966 una definición tradicional según la cual se dice: «Es judío todo hijo de una madre judía», lo cual no cita pero tampoco niega la abundancia de los mestizajes.

Al visitar hoy Israel los observadores más desapasionados y objetivos observan que allí los judíos de origen marroquí se siguen pareciendo a los marroquíes musulmanes; los judíos alemanes a los otros alemanes; los de Francia a los otros franceses, y hasta se ven algunos con mezclas de piel negra que proceden de Abisinia. Ciertamente es asimismo que las nuevas generaciones de jóvenes judíos nacidos y criados en Palestina tienden a mezclarse y a dar un tipo humano nuevo, el de los llamados «sabras», que ya no se parecen a sus padres. Pero en todo caso ese tipo de los «sabras» es ya una versión humana de unos judíos «orientales», adaptados al ambiente físico palestín, y, por tanto, cada vez más semejantes a los árabes jordánicos, sirios, beduinos, etc., que les rodean o con los que coexisten. Si esa evolución continuase y los «israelíes» fuesen sólo «israelíes» (es decir, ciudadanos del país que han hecho), mientras los judíos de países lejanos se quedan como «ciudadanos ingleses, norteamericanos, rusos o argentinos de confesión judía», el Estado sionista palestín podría entrar en el conjunto de los Estados vecinos. Y es curioso el antecedente de que el mismo Moshé Dayan, conocido como el jefe militar israelí más intransigente, haya sido también quien haya concebido un posible destino de Israel como «otro pueblo árabe socialista».

Sería, naturalmente, un previo requisito indispensable el de que los grandes poderes mundiales (en este caso y ahora los de Washington y Moscú) dejasen de ayudar a los israelíes, los egipcios, los sirios, los de Arabia, etc., para obtener ventajas y bases navales o zonas petrolíferas a costa de unos y otros. Al cabo de tres mil años de una historia muchas veces común, árabes y judíos pueden recuperar la facultad de decidir por sí solos, sin consejos ajenos.

Respecto a esto en el libro de Jean Pierre Alem se cita como uno de los antecedentes más curiosos el que el concepto del primer sionismo, y de un Estado de Israel de tiempos modernos, fuese concebido y proclamado nada menos que por Napoleón Bonaparte. El año 1799, cuando siendo general de la primera República francesa, y durante su expedición militar a Egipto y Palestina, lanzó desde el monte Tabor una proclama pidiendo a los judíos de África y Asia «que se aliasen a él para restaurar la antigua Jerusalén judía». Muchos judíos se alistaron entonces entre sus tropas, pero la evacuación posterior de aquel sector al regresar Bonaparte a Francia borró el proyecto.

De todos modos, el libro de Alem llega a la conclusión de que es siempre posible un arreglo pansemítico de árabes y judíos si se les ayuda a que lo intenten directamente y sin presiones exteriores.

RODOLFO GIL BENUMEYA

JEAN HERBERT: *An Introduction to Asia*. Oxford University Press, Nueva York, 1968. 410 págs.

Si como se dice en una breve presentación del autor de este libro, Jean Herbert se ha sentido animado en la preparación de una obra importante por el contenido, brillante por la exposición, por el deseo de reducir los efectos de barreras de siglos que han impedido un acercamiento entre el mundo occidental

## RECENSIONES

y oriental, los resultados inmediatos apenas podrían ser más desalentadores. No haría falta, en realidad, tocar un tema tan llamativo, tan ancho y quizá tan trascendental también como éste para desembocar en conclusiones negativas. O categóricas, como la de Kipling, para algunos el mayor poeta de la lengua inglesa, posiblemente con una excepción: Shakespeare.

*Oh, East is East, and West is West, and  
never the twain shall meet.*

Y como nunca se encontrarán, en cualquier caso hasta el día del juicio final, esfuerzos como estos de Jean Herbert habrán de ser cosa perdida. Siempre que se tenga en cuenta algo especial a manera de salvedad: el servir de regalo para la mente, a la que sólo en muy contadas ocasiones le cabe el privilegio o la responsabilidad de ejercer una influencia decisiva sobre la marcha de los acontecimientos. De hecho, el camino de la divulgación pocas veces habrá servido para atraer hacia posiciones de comprensión a quienes el destino parecía haber colocado en sendas por las cuales sólo se podría desembocar en el antagonismo y el conflicto.

Con el Oriente empujando hacia el Occidente, como sucedió a lo largo de mucho tiempo, o con el Occidente empujando hacia el Oriente, como empezó a suceder en una época más reciente y acaso más significativa también, el tema del conocimiento de unos y otros—en cualquier caso de los orientales por los occidentales—ha sido objeto de exploración y, en algunos casos, de activa explotación también. Sin que de ello saliesen, en líneas generales, consecuencias más llamativas que el mostrar asombro o admiración ante muchas de las cosas que de todo ello se habían ido sabiendo. Algo parecido, queremos pensar, a las emociones que, sin duda, surgen casi en cada página de un tomo que es, en cualquier caso, un entretenimiento para la mente.

Dice Jean Herbert, por ejemplo, que en el panteón hindú hay, según las escrituras, 300 millones de dioses, y «según ciertos textos taoístas, puede haber hasta 36.000 (es decir, cien veces 360, que es un número sagrado) dioses dentro del cuerpo, pero como depende de cada uno el descubrir por sí mismo el número y jerarquía, el rango y nombre de estos dioses—en otro lugar habla del descubrimiento y la invención, no de la revelación, como rasgo fundamental de algunas principales religiones orientales—, no es sorprendente que no podamos dar un registro completo, nominativo. Los chinos, que están dotados de gran curiosidad por lo que es intelectualmente nuevo, sienten, naturalmente, que jamás puede haber demasiados dioses ni ritos prácticos. Con miras a ensanchar las posibilidades más aún, no sólo establecen una especie de rotación juiciosa en su panteón, sino que sólo conceden un valor local y temporal a la mayoría de los dioses».

Inmediatamente, advierte que el «panteón japonés es quizá más complicado aún. No sólo comprende, de acuerdo con los textos, ochenta u ochocientas «miríadas» de dioses..., divididos en muchas categorías que se entrecruzan mutuamente: dioses nacionales y locales, con estos últimos subdivididos en dioses familiares o «ketsuen-shin»; mayores dioses familiares, «dozoku-shin»; dioses de la aldea, «chinju-no-kami»; dioses que son a la vez familiares y locales, «uji-gami», «chinju-no-kami» y «ubusunano kami». Enteramente distintos de éstos, tenemos a los dioses de la naturaleza, dioses que moldean y engendran cosas y hombres, dioses del país, antecesores de la Casa Imperial y de todo el pueblo japonés».

En una situación en la que todavía hay tanto que se desconoce o conoce muy mal, a pesar de tanta—a menudo tan atractiva también—divulgación, se

## RECENSIONES

tropieza con explicaciones de un carácter tan especial como ésta: «En China, donde el emperador gozaba de plenos poderes para conceder a los dioses la promoción o la retrogresión, no sólo podía uno maldecir al dios que no había accedido a los deseos del que le imploraba, sino que podía también, en tiempos de grandes sequías, exponer su imagen al sol para hacerle sentir el calor tórrido; y el magistrado podía condenarlo y multarlo y su estatuto podía incluso ser roto».

Al extremo opuesto de una interpretación, a menudo eminentemente práctica y acomodaticia de la religión está, por ejemplo, la práctica de los adeptos al budismo Zen, que «dos veces al año han de permanecer siete días y siete noches consecutivas sentados para la meditación sin tumbarse ni dar una sola cabezada: no son raros los casos en que esta terrible experiencia hace que algunos pierdan la razón y hasta la vida».

De mucha mayor significación, tal vez, que las grandes, a menudo fundamentales, diferencias en materia de religión, costumbres, manera de ver y contemplar las cosas, etc., sea la actitud que movió a una autoridad oriental a decir, que «la lógica es sólo una danza rítmica de la mente, nada más». Advierte Jean Herbert: «Nuestro axioma fundamental de que A no puede ser a la vez idéntica con B y diferenciada de B, no tiene el mismo valor (en el Oriente). Para el budista, por ejemplo, hay "por lo menos" cuatro posibilidades: A puede ser idéntica con B, diferente de B, a la vez idéntica con B y diferente de ella, o puede no ser idéntica con B ni diferente de ella. Ciertos textos incluso afirman de manera explícita que hay casos que no se ajustan a ninguna de estas cuatro posibilidades y, por tanto, se mantienen al margen de ellas».

En fin, «para los chinos, la verdad jamás se podrá probar, sólo podrá ser sugerida. No pueden concebir la idea de la ley. Es más, para los budistas, en general, una cosa no es verdad, ni no es verdad; todo, incluida la religión, es invención humana. El mundo creado por la mente, no puede, por tanto, tener mayor realidad que la mente misma».

En uno de los capítulos de mayor interés y actualidad, el que habla de una política exterior con cosas como el imperialismo intraasiático, el exterminio de razas, el complejo de superioridad asiática, etc., se resumen una situación que hace posible llegar a la conclusión de que las consecuencias, cuando no siempre los medios de una conducta, de una política, lleguen a ser menos diferentes de lo que en un principio pudiera parecer en lo relativo a los rasgos básicos de la personalidad oriental y occidental. Una de las formas más visibles de la campaña contra las minorías, que ha tenido como consecuencia la extinción total de muchas tribus, «es el esfuerzo intenso en favor de la unificación lingüística adoptada en todos los Estados. Es necesario reconocer que el número de idiomas usados en Asia es asombrosamente alto; en las Filipinas hay 87 lenguas, todas ellas muy vivas; en Borneo, 40; en la India, 225; sólo en la provincia china de Fukien hay 108, tan diferentes unas de otras, que resultan ininteligibles al pasar de un grupo al siguiente, y los 1.200 samoyedos tuvieron en un tiempo alrededor de un centenar de dialectos diferentes».

Presentado de una manera sumamente resumida—defectuosa, sin duda—, y, en consecuencia, nada satisfactoria, este es el cuadro de una situación en



el que apenas resulta posible encontrar motivo alguno para la esperanza en cuanto al éxito de la tarea que se había propuesto sacar adelante el autor de esta obra apasionante. Por lo menos por el lado de una comprensión, que hiciese posible el desarrollo de unas relaciones pacíficas y mutuamente beneficiosas. La culpa no es achacable enteramente a una sola de las partes, la que desde hace siglos echó sobre sí la responsabilidad de invertir un estado de cosas que había seguido con anterioridad un curso radicalmente diferente: que es lo que hace renacer en algunos la sospecha o el temor a que acaso no sería prudente pensar en un ciclo cerrado de una manera total y definitiva.

La simpatía de Jean Herbet por el tema y las gentes que lo pueblan es evidente, pero la simpatía nunca debería ser motivo para adoptar una actitud de tal naturaleza que, dominada por una parcialidad intransigente, dejase convertida una obra de singular relieve, convertida en un folleto de propaganda. «Por supuesto—advierte—, todo chino, todo musulmán, todo hindú sabía para su interior que era completamente superior a los bárbaros del Occidente, cuya dominación fue debida únicamente a su superioridad puramente material. No podía sentirse lo suficientemente despreciativo de estas gentes: inmorales, agitadas, ilógicas, crueles, indignas de confianza, carentes del control de sí mismas, materialistas, y así sucesivamente. Con muy raras excepciones, las gentes de todos los países asiáticos han tenido sólo el contacto mínimo riguroso requerido por las circunstancias con estos entrometidos peligrosos y rústicos. Incluso entre los colaboradores más decididos, su aparente servilismo a duras penas podría disimular su más íntima actitud. Esta es, sin embargo, una de las razones por las cuales nuestros contactos con los asiáticos han acentuado antagonismos e incomprensiones en vez de facilitar la comprensión y la amistad mutuas».

Quizá se podría terminar aquí en la forma en que Jean Herbert empieza esta introducción al Asia, bajo la influencia más bien que del pesimismo, del deseo de incitar, provocar a la mente para hacerle dedicar alguna mayor atención a una de las grandes, realmente grandes, cuestiones de nuestro tiempo. Se trata de recoger una cita de Lafcadio Hearn, el misterioso—y poco conocido por el Occidente—personaje que después de nacer y pasar los primeros años de la infancia en ambientes realmente exóticos del Viejo Continente, fue llevado a los Estados Unidos, donde vivió buen número de años, para acabar perdiendo en el Oriente el sentido de la inferioridad física, que le daba un cuerpo diminuto y la falta de un ojo. Se hizo japonés y budista, se casó con japonesa, fue profesor de universidad, y hasta cambió de nombre, para adoptar el de Yakumo Koizumi.

«De la misma manera—escribió Lafcadio Hearn—en que hemos exterminado nosotros razas más débiles que las nuestras, sencillamente porque nuestra necesidad de una vida más intensa que la que habían sido ellas capaces de vivir, nos empujó a monopolizar y absorber de una manera completamente natural todo lo que era necesario para su felicidad, nosotros, por nuestro lado, seremos quizá exterminados por razas capaces de llevar una vida más fácil, y que acabarán apoderándose de todo lo que es indispensable para nosotros, razas que son más pacientes, están mejor indicadas hacia la abnegación, son más prolíferas, y a quienes la naturaleza puede soportar a menor costo. Acaso hereden alguna de nuestra sabiduría; adoptarán la mayoría de nuestras invenciones, continuarán adelante con la mejor de nuestras industrias y quizá

## RECENSIONES

perpetúen todo lo que valga más la pena de la perpetuación en nuestras ciencias y artes; pero nuestra desaparición a duras penas será para ellas una mayor causa de lamentación que la que sentimos nosotros antes la extinción del dinoterio o el ictiosauro».

JAIME MENÉNDEZ

P. J. M. McEWAN: *Twentieth-Century Africa*. Oxford University Press, London, 1968, 517 págs., 3 mapas.

McEwan posee gran experiencia africana al haber residido largo tiempo en Zambia trabajando en el Rhodes-Livingstone Institute y a través de su actividad como profesor de Estudios Africanos en la Universidad de Nueva York. Estos antecedentes explican su decisión de acometer una empresa que, hasta el momento, resulta arriesgada a todos los niveles, como es la de ofrecer una visión generalizada de la historia reciente del extenso continente. El resultado de este empeño es el volumen que comentamos, que junto a otros dos—*Africa from Early Times to 1800* y *Nineteenth-Century Africa*—resumen el panorama histórico africano.

McEwan asume, exclusivamente, el papel de editor seleccionando fragmentos de documentos—en número de cincuenta, originales de prestigiosos autores, publicados en diversos libros y revistas—referentes a los más destacados temas y acontecimientos del Africa contemporánea. Esta compilación está dirigida, fundamentalmente, a los estudiantes de Historia africana, tanto como a los de sociología y política. En tal sentido, cumple una misión útil e interesante como es la de proporcionar información básica adecuada a la importancia intrínseca del tema de tal forma que, una vez pertrechados con los materiales esenciales, los lectores estén en condiciones de ampliar los conocimientos mediante el manejo de obras de mayor complejidad y extensión. A estos efectos, el editor sistematiza el contenido en nueve apartados: fuerzas en la moderna Africa Occidental; fuerzas e independencia en el Norte de Africa; revoluciones en Egipto; moderna Etiopía; Africa Oriental; política e ideologías en Sudáfrica; emergencia de Rhodesia del Sur; Zambia y Malawi y, finalmente, nacionalismo y panafricanismo.

Ahora bien, si el propósito que persigue McEwan—compilar la información básica relativa a todo el continente—es, como hemos expresado, muy importante para posibilitar a un amplio sector de la población estudiantil el acceso hacia el conocimiento africano, el éxito de la misión propuesta depende de que logre ofrecer un panorama exhaustivo de los distintos problemas que en aquel continente conservan su vigencia, seleccionándolos con criterio objetivo de adecuación, dentro de la forzada brevedad inherente a un volumen, de tal forma que no quede excluido, arbitrariamente, ninguno de los problemas o aspectos importantes que se alzan actualmente en Africa. Ya hemos advertido que la empresa es árdua y ambiciosa, porque ese continente ha dado lugar—en lo que va de siglo y sobre todo en los últimos cinco lustros—a una serie muy compleja de experiencias y acontecimientos cuya selección ofrece enormes dificultades. Esta complejidad explica que, en nuestra opinión, el intento que supone *Twentieth-Century Africa* haya fracasado en una parte sustancial, puesto que sólo ofrece una visión de los problemas de ciertos países y de algunos de los temas mayores del continente. Ambas palabras, ciertos y algunos, definen la obra como incompleta y fragmentaria. Si nos referimos a la distribución territorial, algo más de la quinta parte del texto (478 páginas) está dedicado a Sudáfrica y

## RECENSIONES

Rhodesia, lo que resulta desmesurado en una obra de este tipo. Etiopía supone 32 páginas (cuatro trabajos), mientras que no se inserta ninguno relativo a Sudán, cuya trascendencia—a los efectos del objetivo que persigue la obra—no puede desconocerse por representar un enfrentamiento fundamental de tipo racial y religioso, muy aleccionador, entre los dos sectores de su población. Tampoco desfilan por estas páginas síntesis, ni siquiera escuetas, de Mauritania (con los sugerentes problemas que implica), Mali, Siera Leona, Gambia, Guinea etc., es decir que no se valoran en su justo término la inviabilidad económica, la escisión de grandes conjuntos naturales, el enfrentamiento entre los pueblos costeros y los del interior, su diferente desarrollo económico-cultural, etcétera. La mención de estas omisiones nos indica que McEwan ha pretendido centrar, exclusivamente, su atención en un limitado número de fenómenos y países que juzga imprescindible. A esto cabe oponer el reparo capital de que al efectuar esa selección de temas deja olvidados otros de magnitud igual o superior. Y que en todo caso, la perspectiva que ofrece del Africa del siglo XX es incompleta.

Así, por citar un ejemplo, entre las fuerzas allí más poderosas no se dedica al tribalismo la atención que merece, puesto que sólo se inserta un brevísimo comentario de Sklar, «Contribución del tribalismo al nacionalismo», cuando la realidad demuestra que el fenómeno tribal no por anacrónico carece de importancia tal como se ha visto en Nigeria y otros Estados. Por tanto, al no situar este problema en sus auténticas dimensiones, se comete, en primer lugar, una omisión trascendente y, por añadidura, se desenfoca el panorama político de los países en los cuales el tribalismo subyace en el fondo de los acontecimientos más representativos. Así, el resumen, muy valioso, dedicado a Nigeria (págs. 53-69) nos proporciona una idea bastante completa de los partidos políticos y de sus cambios constitucionales, pero ignora totalmente el asunto étnico que, en definitiva, iba a originar la destructora guerra civil que viene asolando el país. La realidad sugiere que los problemas africanos no pueden ser contemplados, en su integridad, con una óptica occidental y que es preciso situarse en el plano de la mentalidad africana para hallar la respuesta a muchas interrogantes que no pueden despejarse mediante el uso de nuestros esquemas. Gran número de problemas son allí más sencillos de lo que el aparato doctrinal de Occidente permite suponer, puesto que se basan en reacciones elementales y, por esto, obviar ese tipo de idiosincrasia en favor de construcciones teóricas o políticas de mayor envergadura supone, como en el caso de esta obra, dejar lagunas decisivas para la comprensión de muchos hechos que ocurren en el Africa de nuestros días.

Otro tanto podríamos aducir de la penuria extrema, olvido total más bien, con que se enfocan las cuestiones económicas que determinan muchas situaciones conflictivas. Al no ocuparse, en absoluto, del Congo ex belga, no se aprecia el grado que tuvieron en la fallida cesesión katanguesa. También, en las veinte páginas consagradas a las fronteras norteafricanas se olvidan temas tales como las minas de Tinduf, que favorecen la tensión argelino-marroquí. En cuanto a Nigeria, no se encuentra ni la simple mención del petróleo biafreño que, junto al factor de la supervivencia ibo, impulsó la rebeldía oriental. Estos ejemplos pudieran multiplicarse y confirmar el vacío existente en la obra. Es decir, que problemas tan actuales y acuciantes como los del subdesarrollo, la crisis económica, la transformación de estructuras económicas, etc., que tienen una influencia decisiva en el curso de los acontecimientos, no son esbozados por lo que la utilidad del volumen queda considerablemente disminuida.

No obstante, en los aspectos que trata, es decir sólo parcialmente, la recopilación de McEwan es, ciertamente, interesante y de positiva utilidad.

JULIO COLA ALBERICH

